

La  
Barbacana  
De  
Getafe



### La Barbacana y todo lo demás

Una vez acabado el curso en el colegio, a mediados de Junio, comenzaba el verano y con él empezaban **las vacaciones**, tres meses por delante hasta que comenzara el nuevo curso escolar a mediados de Septiembre. Los chavales vivíamos en la calle. Por la mañana después de lavarnos la cara y las manos y habiendo acabado el tazón de café con leche con alguna tostada de pan frito, que nuestra madre había preparado antes, salíamos a encontrarnos con los amigos más madrugadores. Nos reuníamos en la Barbacana que era el centro de todas nuestras andanzas.

Allí jugábamos al **fútbol** y los partidos eran eternos, ya que enlazábamos uno con otro sin apenas respiro. Empezábamos cuatro contra cuatro, pero en seguida ya había cuatro chavales más esperando que **“echáramos a pies”** para hacer nuevos equipos y jugar seis contra seis. ¿Os acordáis de lo que era echar a pies? ¡Claro, claro que os acordáis! Dos de los que mejor jugaban, después de echar a pies y quedar por encima, iban eligiendo uno a uno a los que ellos consideraban mejores hasta completar los equipos, dejando para el final a los que jugaban peor. Aquello no dejaba de ser una faena para los que quedaban al final, pero era asumido por todos y así lo hicimos durante años. Poníamos una portería cerca de la fábrica de harinas con un montón de cascotes y la otra cerca del paseo que bajaba de la Estación, junto a los algarrobos que crecían cerca de la tapia del Colegio de las Monjas. Casi siempre jugábamos con la pelota de Julianín, una pelota de goma con rayas blancas, azules y rojas en forma de gajos, que le echaron los Reyes un año que pasaron por la Fábrica de Construcciones. A mí también me echaron una igual, pero me duró menos de un mes, ya que se rajó en la verja de la valla del jardín, un día que estaba jugando con mi hermano en la puerta de casa.



**La pelota de Julianín** era especial, era estupenda para jugar al fútbol, no botaba como aquellas pelotas de goma que los Reyes nos echaban cada año y que no había quien las dominara porque tenían un bote muy vivo. Había buenos jugadores en el barrio, pero el que más destacaba era Juan Parra con sus regates inverosímiles. Era capaz de salir, a base de regates, entre tres contrarios en menos de un metro cuadrado.

Su fama trascendió el barrio y fue durante años uno de los mejores jugadores de Getafe. Jugó en equipos de Getafe como el Estrella donde cosechó grandes éxitos, pero nadie se ocupó de que llegara a metas más altas y sé de buena tinta que él tampoco estaba por la labor. Además de Juan Parra en el barrio destacaban con la pelota, Julianín que era habilidoso y veloz, Heriberto una muralla en la defensa, Luis una bala en la banda, Toñi un medio muy fino y cerebral, Luisan (este soy yo) con buena técnica y velocidad, Esteban un portero seguro como no había otro, y muchos otros que merecerían estar aquí sin lugar a dudas.

Se formó en el barrio **el equipo de fútbol “el Saeta”**, donde jugaban los mejores jugadores y así en el de los mayores estaban Julián Rico, Lamberto (mi hermano), Pastor, Toñi, Lorenzo, Jaime Mondéjar y en el de los pequeños estábamos Julianín, Luis, Esteban, Luisan, Heriberto, Julián Catalina, Juan Seguido, Ramón Montejano, e incluso chavales de otros barrios.



La camiseta que se compró para el equipo de los mayores era de color rojo pálido con un ribete blanco en el cuello y en el borde de las mangas, el pantalón también era blanco. La camiseta del equipo de los pequeños era igual que la del Barcelona y el pantalón azul, se eligió así porque había algunos chavales a los que les gustaba ese equipo.

Había otro espacio en el barrio, además de la Barbacana, donde también jugábamos al fútbol y era **“el campo de la carbonilla”**, que estaba situado a la altura del tercer pabellón muy cerca del basurero del barrio, (sí, antes había basureros cerca de las casas), separado de las vías de la estación por un enorme terraplén. El campo era negro como el carbón, porque en la ladera que lo separaba de la estación se echaba la carbonilla que se generaba allí. Después de los partidos salíamos con los zapatos y los calcetines completamente negros y nuestras madres se hacían cruces para saber dónde nos habíamos metido y volver así de sucios. En este campo es donde jugaban los muchachos que vivían en los pabellones que se construyeron más tarde.

A mediodía volvíamos a comer a casa, donde había que estar puntualmente a la mesa antes de las dos de la tarde porque nuestros padres, hablo en general, eran bastante autoritarios y ese asunto lo hacían cumplir a rajatabla. Por la tarde aún permanecíamos en casa un par de horas después de comer, para evitar el tremendo calor que hacía en la calle a esas horas, leyendo algunos tebeos a la sombra de la casa en una esquina del patio. A eso de las cinco y media cogíamos el bocadillo de la merienda que, casi siempre, era **“pan con chocolate”**, aunque a veces, **nuestra madre nos ponía en el pan la nata que se formaba al cocer la leche con un poco de azúcar por encima**, o quizás aquel **“pan con aceite y azúcar”** que de tantos apuros nos sacó cuando no había otra cosa para merendar. Recuerdo que el chocolate era terroso o duro como una piedra, sólo los más afortunados, ya pasados unos años, merendaban “el chocolate Chobil”, que fue el primer chocolate con leche que conocimos.

Los juegos en la Barbacana se alternaban dependiendo de lo que estuviera de moda en ese momento. Cuando era la época del peón, todos nosotros sacábamos **los peones** del año anterior, que teníamos guardados en algún cajón de la casa o, si no, comprábamos uno nuevo para no quedarnos viendo cómo jugaban los demás.

Afilábamos el rejo del peón con una lima, si es que íbamos a jugar al “raja-peones” o lo dejábamos finito y suave para cogerlo entre los dedos índice y corazón, pasándolo a la mano mientras bailaba dando vueltas y más vueltas. Solíamos pintar la parte superior con unos círculos concéntricos de colores, para que al bailar quedara más bonito, aunque he de decir que al girar el peón los círculos se difuminaban. Cuando el peón bailaba, hacía un sonido sordo y armónico, y decíamos que “bufaba”.

**Las “chapas”** era otra buena alternativa para pasarlo bien. Hacíamos un montón de arena y con las manos extendidas, enfrentando los dedos, hacíamos caminos avanzando el montón con las manos hacia adelante, dejando en los laterales la arena que formaba las paredes del camino. Echábamos carreras golpeando las chapas con el dedo corazón, que estaba un poco enganchado al pulgar, soltándolo con cierta energía para lanzar la chapa hacia adelante con la mayor fuerza, pero a la vez con la mayor precisión posible, ya que en el camino había curvas que había que salvar. En ellas construíamos peraltes para evitar que las chapas se salieran del camino y he de decir que había verdaderos especialistas en manejarlas, puede que uno de los mejores fuera Antonio Heras, un chaval muy habilidoso en este tipo de juegos.

Solíamos también **forrar con tela blanca las chapas**, que sujetábamos con el corcho del interior, al que le hacíamos un círculo en el que poníamos las fotos de los futbolistas de nuestros equipos preferidos en los que estaban Di’stefano, Santamaría, Zárraga, Gento ..... por el Real Madrid, o Ramallets, Gensana, Kubala, Basora ..... por el Barcelona, o Rivilla, Pazos, Miguel , Collar ..... por el Atlético de Madrid, o también Mauri, Maguregui, Zarra, Gainza ..... por el Atlético de Bilbao, y hacíamos **partidos de fútbol** dibujando con tiza el campo en la acera y usábamos un garbanzo por balón. A veces las chapas se forraban con ciclistas como Bahamontes, Loroño, Pérez Francés, Coppi, Bartali, Louison Bobet o Charly Gaul y entonces hacíamos **carreras ciclistas** en los caminos que habíamos construido. Recuerdo haber ido a buscar chapas a un pequeño basurero en el barrio de San Isidro, cerca de las pistas de Aviación, donde encontrábamos chapas de marcas desconocidas para nosotros, que seguro habían traído los soldados y los pilotos americanos que llegaron a la Base Aérea de Getafe. Estas chapas eran las más codiciadas por



los chavales y, a lo mejor, servían para obtener a cambio un montón de cromos o alguna bola de china.

Cuando nos daba por jugar a las bolas, todos jugábamos a **las bolas**. Hacíamos “**el guá**”, que era un agujero de unos diez centímetros de profundidad y unos seis de diámetro, en cuyo interior dejábamos un montoncito de arena, para que las bolas que entraran en él “**a cholorón**”, no fueran escupidas hacia afuera. Desde un sitio no muy lejano acercábamos las bolas hacia “el guá”, para ver quién era su dueño. Más tarde, se trataba de dar a las otras bolas y regresar al guá, consiguiendo ganar a los contrarios una bola como pago. Todos teníamos nuestra “**bola favorita**”, aquella que no nos jugábamos nunca, podíamos perder todas las demás, pero no “la favorita” que era con seguridad una bola de china. Había bolas de teja, de acero, de cristal, pero las mejores bolas eran las de china. Muchos chicos usábamos unos saquitos para guardar las bolas, con un cordón que los cerraba, y así evitar que nuestras madres se enfadaran al tener que cosernos los bolsillos una y otra vez. Había quienes llevaban los bolsillos del pantalón a reventar de tantas bolas que ganaban y entre ellos recuerdo a Juan Parra, a Antonio Heras, a Ramón Montejano, a Esteban Ribero, o a Heriberto Carrasco, que jugaban muy bien y si te atrevías a jugar con ellos, ya sabías a lo que te exponías.

En los meses de frío invierno, una mañana te levantabas para ir al colegio y descubrías con emoción que había nevado. El patio de casa cubierto por la nieve así como los tejados de las otras casas y las calles aledañas. Por el camino al colegio ibas haciendo bolas de nieve, y las arrojabas a los otros chavales que iban en la misma dirección. Al llegar a la Barbacana nos juntábamos todos y hacíamos **muñecos de nieve**, que aún se mantenían en pie cuando volvíamos a mediodía a comer a casa. Habíamos pasado sólo tres meses desde el inicio del curso y ya estábamos de vacaciones, era **la Navidad** y teníamos quince días por delante para jugar y divertirnos.

El tiempo invernal propiciaba las lluvias y era entonces, cuando escampaba, que solíamos jugar a “**la lima**”, ya fuera al **roba-terrenos** (que cada explicado con el nombre) como al juego del “**trillón**” que consistía en ir consiguiendo las isletas que se dibujaban en el suelo a una distancia considerable del punto de partida. Había que lanzar la lima cogiéndola por la punta e ir clavando en las isletas hasta completar el recorrido. Era un juego muy divertido y de mucha habilidad y precisión.

En Navidad solíamos ir en pandilla a pedir “**el aguinaldo**” por las casas del vecindario. Llegábamos a una casa y esperando recibir un buen aguinaldo, cantábamos aquello de.....  
**”A esta puerta hemos llegado / con deseo de cantar / si nos da usted el aguinaldo / para poder empezar/ ande, ande, ande, la marimorena / ande, ande, ande, que es la Nochebuena.** Si nos daban algo, nos íbamos tan contentos, pero si no nos daban nada, entonces cantábamos aquello de.....**”Estas puertas son de hierro/ y los cerrojos de alambre/ vámonos de aquí muchachos/ que se están muriendo de hambre”**, y nos alejábamos de allí a toda prisa para evitar represalias. Cuando eran otros chicos los que iban a casa a pedirlo, mi madre, que hacía unos roscos estupendos, les sacaba un plato lleno que los chavales devoraban y se iban tan contentos aunque no les diera ni una perra gorda.

En ese tiempo, bajábamos a la calle Madrid a visitar **“los belenes”** que se instalaban en los colegios del pueblo, a mí el que más me gustaba era el de las Monjas Ursulinas. En casa también colocábamos un belén encima de un cajón de poco más de un metro de largo. Buscábamos musgo en algún lugar húmedo del campo, que servía para adornarlo y el portal lo hacíamos con grandes trozos de escoria que cogíamos en la estación. Pasados los días de vacaciones volvíamos al colegio de nuevo, pensando ya únicamente en las asignaturas y los exámenes que tendríamos que pasar, aunque también era inevitable pensar que ya solo faltaban cinco meses para las vacaciones de verano.

Un juego típico del verano era el de **“los güitos”**, que eran simple y llanamente los huesos de los albaricoques. Los chavales llevábamos los bolsillos llenos, y salíamos a la calle a ganarles a los otros chicos los que ellos habían recolectado.

Con ellos hacíamos **“casetas”**, que eran cuatro güitos en la base y uno encima a modo de tejadillo y el juego consistía en derribar la caseta con otro güito desde una distancia de un par de metros, si fallabas el güito era para la banca y si acertabas todos eran para ti. También había quien, con una caja de zapatos a la que había hecho unos agujeros en la tapa superior, daba tantos güitos como indicaba el agujero si eras capaz de atinar y en caso contrario se quedaba con los que no conseguían su objetivo.

La Estación era un lugar que los chicos frecuentábamos a diario, y ya fuera por los andenes o por sus aledaños, íbamos recogiendo las cajas de cerillas vacías que había por el suelo, eran muy comunes y estaban por todas partes, era el juego de **“las cartetas”** y en la Estación era donde se encontraban con más facilidad. En la parte delantera tenían una cerilla encendida y un escudo en la parte posterior. Jugábamos con **“el tejo”** al **“palmo y dao”** y pagábamos con aquellas **“cartetas”**, un punto la cerilla y cinco el escudo. El tejo era una piedra plana del tamaño de la palma de la mano, que los chicos elegíamos cuidadosamente o retocábamos sus bordes para hacerlo más manejable. A veces el tejo era un tacón de zapato, pero aquello no tenía tanta gracia porque nosotros no habíamos puesto nada que lo hiciera más personal.

Había otros juegos que no tenían un momento determinado, se le ocurría a alguno o quizás alguien lo proponía y todos nos poníamos manos a la obra.

Así surgían **“las batallas con espadas de madera”**, que nosotros mismos construíamos y siempre había alguien al que le gustaba ser **“el capitán”**. Creo recordar que a los que más les gustaba jugar a las espadas era a Toñi en la pandilla del pabellón de Corea y a Estebitan y Jesús Catalina en la zona de los otros pabellones.

También recuerdo **“las pistolas de greda”**, que modelábamos nosotros con una navaja, de aquellas piedras blandas de color verdoso que salían de la tierra cuando se construía un pozo o se hacía una zanja profunda.

También aparecían, cada cierto tiempo, en los puestos donde vendían las chucherías, aquellas **“pistolas de agua”** que tenían como culata una pera de goma, que apretándola hacía que saliera con una gran fuerza el agua que se almacenaba en su interior. Nos poníamos de agua hasta las orejas, pero era muy divertido y nos mantenía activos ya fuera corriendo para evitar que te mojaran o persiguiendo a otros chicos para mojarles a ellos.

¿Os acordáis de “**los botes de carburo**”? Supongo que muchos de vosotros no habéis jugado con ellos, pero si se acordarán aquellos que lo hicieron porque era sencillamente emocionante. Comprábamos carburo en la droguería, no sé quién nos había dicho que con eso se podía jugar y nos íbamos a la Barbacana donde hacíamos un agujero en el suelo del tamaño de un bote, echábamos agua en su interior y un puñado de carburo, luego lo tapábamos con el bote al que habíamos hecho un pequeño agujero en el culo, tapando al mismo tiempo con el dedo el agujero pequeño. Acercábamos una especie de mecha encendida al agujero del bote, tumbados en el suelo y alargando todo lo que podíamos el brazo para no correr peligro. El bote tras una sorda explosión saltaba por los aires subiendo a veces hasta a seis metros de altura. Nunca pasó nada grave, tan solo mancharnos con el barro que había en el interior del hoyo y qué a veces nos salpicaba, pero sí habíamos oído que, alguna vez, a algún muchacho de otro barrio le había estallado el bote en la cara. Nunca supe si este hecho fue cierto o no.

Algunas noches de verano íbamos a la Barbacana después de cenar a ver “**el cine gratis**”, ya que de lo que se trataba era de mirar a una ventana de una casa de dos pisos que había en la calle del General Pingarrón, donde una pareja se desnudaba con la luz encendida. Nosotros sentados en la oscuridad de la Barbacana, contemplábamos entre suspiros lo que suponíamos que pasaba, porque casi todo era producto de nuestra imaginación.

Recuerdo que había un señor en el barrio que vivía en un portal del tercer pabellón, que construía **aviones de aerodelismo** y los domingos por la mañana los llevaba a volar a la Barbacana. En un cuadro de mandos dirigía todas las acrobacias del avión que estuviera volando, el avión volaba girando alrededor de aquel hombre que, de vez en cuando, hacía que el aparato se inclinara, que subiera o que bajara en picado, provocando la admiración de los chavales que estábamos viendo la exhibición. Pasábamos horas contemplando aquellas acrobacias y aquellos vuelos rasantes que casi tocaban el suelo, luego cuando el combustible se agotaba el avión descendía planeando hasta posarse nuevamente en la tierra.

A veces en el aterrizaje el avión daba una voltereta y había que reparar “in situ” los desperfectos que se hubieran producido en el avión. Un día, en una de esas exhibiciones, el avión siguió volando y volando en línea recta en dirección a Fuenlabrada, pasando por encima del Colegio de las Pastoras. Los chavales corriendo con aquel señor tras el avión y entre todos conseguimos recuperarlo, cuando se le acabó la gasolina, en el camino que iba al Valle de las Catacumbas. Fue todo un acontecimiento en el barrio y estuvimos mucho tiempo comentando el incidente, que para los que no lo habían visto era muy difícil de creer.

Los chavales no nos cansábamos de hacer cosas, de jugar, de correr y de saltar. Estábamos siempre en actividad. A veces íbamos al Paseo de las Monjas, junto a la Barbacana, y echábamos **carreras** entre nosotros. Arrancábamos desde la puerta del muelle de la Estación, detrás de la casa de Jaime, y la llegada la poníamos pasada la puerta de las monjas, justo detrás de donde situábamos una de las porterías de fútbol. A veces llevábamos la meta hasta la “recotina” para hacer un poco más larga la carrera. Había corredores muy destacados como Luís, Juliánín, Julián Rico, Aurelio, Luisan, Jaime, Ezequiel y algún otro que se me queda en el tintero. También hacíamos competición de **salto de longitud** donde había un muchacho que destacaba sobre todos los demás y ese era Fernando de Mingo, un chaval pecoso y bajito que tenía un muelle en cada una de sus piernas.

Vivía en una de las casas bajas de la calle Griñón, casi tapia con tapia con la parte trasera de mi casa. Los saltos que hacía eran espectaculares, parecía casi como que volara y nos sacaba a todos los demás una distancia considerable.

Si un juego era divertido otro lo era aún más, si en uno se saltaba en otro se corría y en otros se demostraba la habilidad, había una gran variedad y mucha imaginación. Recuerdo el juego de “**pídola**” en el que Fernando de nuevo era un adelantado, era sin lugar a dudas el mejor. Siempre era “**la madre**” que era quien dirigía el juego y por tanto el que decidía el salto que había que hacer sobre “**el burro**”, que normalmente coincidía con el peor saltador. Había diferentes saltos: “**tirable obliga**” que era el salto normal por encima del “burro” agachado, “**tirable tabaca obliga**” que además incluía un golpe con el interior del pie en el culo del “burro”, “**tirable lique obliga**” golpeando con el talón del pie, “**tirable tabaca-lique obliga**” combinando los dos golpes o “**tirable culá obliga**” golpeando al “burro” casi sentándose en él. El que ocupaba la posición de “burro” no siempre era el mismo, cuando uno fallaba se ponía en su lugar, eso pasaba cuando “la madre” iba añadiendo dificultad a los saltos aumentando la distancia desde la raya al “burro” (**doble o triple tirable**) a lo que muchos chavales ya no se atrevían. Era un juego espectacular, porque a medida que ibas pasando rondas completas, la situación se iba volviendo peligrosa y a veces daba miedo saltar.

Hubo un tiempo en que tuvimos en la pandilla unas **anillas de gimnasia**, que no sé de dónde salieron, que colgábamos en alguna rama de un árbol y hacíamos ejercicios sencillos demostrando nuestra fuerza. Yo he de decir que no se me daba muy bien este juego, vamos que era del montón, y aquí el que destacaba sobre todos nosotros era Raúl Añíbarro, que subía, bajaba y volvía a subir una y otra vez, ponía a su vez las piernas en ángulo recto y aguantaba en esa posición veinte o treinta segundos. Cuando subía “a pulso” lo hacía tantas veces, que nos aburríamos contando y contando, hasta que lo dejaba cuando él quería soltándose de las anillas añadiendo una sonrisa de satisfacción. Lo dicho, todo un atleta en ese juego.

También alguno de la pandilla consiguió **una jabalina** que sirvió durante algún tiempo para competir entre nosotros, creo sin temor a equivocarme, que fue Julián Catalina que además era uno de los mejores si no el mejor en este tema. A mí si se me daba bien y le disputaba a Julián muchas veces la primacía en la competición.

Cuando nos cansábamos de estar en el barrio, hacíamos excursiones a otros lugares conocidos de los alrededores de Getafe. Uno de nuestros sitios preferidos era “**el Valle de las Catacumbas**”, un lugar en el camino de Fuenlabrada donde discurría un riachuelo con junqueras siempre verdes en sus orillas y unas explanadas de hierba en las que jugábamos a la pelota sin miedo a caernos y hacernos algún rasguño. Recuerdo una ocasión en la que cazamos allí dos culebras de más de un metro, que llevamos al barrio como trofeo, enseñándolas a todo aquel que nos encontrábamos en el camino.

No era éste el único sitio donde ir, ya que detrás del Cerro de los Ángeles, en el camino que iba a la que llamábamos “la finca de Antonio Luis”, un chico del barrio que vivió en Getafe unos pocos años, estaba “**la Cueva Cuniebres**” un lugar desconocido y por lo tanto misterioso, en el que con bastante miedo intentábamos desentrañar todos los misterios supuestamente allí escondidos.



En una de las ocasiones que hicimos esta excursión, cazamos un lagarto enorme de más de cuarenta centímetros de longitud y con una cabeza tan grande como un puño, al que pusimos por nombre “Paco”, (me parece que dedicado a Paco Parra por el miedo que le daba) y al que mantuvimos vivo por algún tiempo, hasta que un día apareció muerto y nunca supimos quiénes fueron los responsables.

Otro entretenimiento era **ir a bañarnos a los estanques de las huertas** que había camino del Bercial. Eran estanques de unos seis metros de diámetro, que se utilizaban para regar las huertas y en sus aguas se criaban unas “babas” verdes, que había que apartar para poder bañarse. Uno de los más frecuentados por nosotros era el “**estanque de Berrocal**”, situado a medio camino del Bercial muy cerca de las vías del tren que iba a Madrid, donde nos bañábamos en calzoncillos o desnudos completamente, siempre vigilando no fuera a aparecer el huertano y nos pillara allí, más de una vez tuvimos que salir corriendo, con la ropa y los zapatos en la mano, al detectar la presencia de éste en las inmediaciones del estanque.

El Bercial era otro de los lugares adonde solíamos ir de cuando en cuando, pero sobre todo en una época en la que se daban “**los bruños**”, unos frutos parecidos a las ciruelas pero un poco más pequeños, que sabían un poco ácidos, pero que a nosotros nos gustaban. En el camino de vuelta, si se terciaba, robábamos una sandía o un melón en uno de **los melonares** que había en aquellos campos o quizás un par de racimos de uvas en alguna de **las viñas**, cercanas a “la casa rosa”, lindantes con las vías del ferrocarril. A veces teníamos que volver corriendo al barrio si alguien nos había visto metidos en las viñas o en el melonar.

Los campos y las huertas estaban vigilados por unos **guardas jurados** que iban a caballo, con sus uniformes pardos y un gran cinto con una enorme hebilla dorada en el centro y que solo con su presencia imponían mucho respeto. Ni que decir tiene si habíamos hecho alguna fechoría por el campo y le veíamos venir, la desbandada era tremenda y no parábamos de correr hasta llegar a la casilla del paso a nivel que había cerca de la fábrica de productos químicos y otras veces incluso hasta las primeras casas del barrio.

Una excursión que nos gustaba mucho también era **ir a coger moras** a unas grandes moreras que había a un lado y a otro de la carretera de Leganés, muy cerca de la cerámica o fábrica de ladrillos que allí había. Los árboles eran gigantescos, pero los más ágiles subíamos por el tronco y desde allí arriba movíamos las ramas, consiguiendo que cayeran al suelo cientos de moras. Nos comíamos unas cuantas moras, blancas y negras, y regresábamos al barrio tan contentos, contándonos los unos a los otros la hazaña que habíamos hecho gateando por aquellos árboles tan enormes.

A veces teníamos que volver a la carrera, porque los chavales de Leganés que vivían por ese lado del pueblo y que tenían con los de Getafe una gran rivalidad, empezaban una “**drea**” contra nosotros, tirándonos piedras y haciéndonos abandonar aquel lugar si no queríamos salir descalabrados.

De vuelta al barrio continuábamos con nuestras actividades normales y a lo mejor por las tardes, casi al anochecer, nos dedicábamos a **jugar al pañuelo, al escondite o a “luz camarera”**, juegos todos ellos, donde la rapidez y la astucia se entremezclaban.

Ya por la noche y puede que después de cenar, jugábamos a **“marcas”**, que no era otra cosa que ir diciendo marcas de aquellos objetos que mandara “la madre”, ¡otra vez la madre!, hasta que alguien fallaba y quedaba eliminado. Por ejemplo, “la madre” decía marcas de frigoríficos, al tiempo que él mismo decía “Kelvinator”, y a continuación los siguientes chavales teníamos que ir diciendo... “Westinghouse”..... “Fagor”.... y así sucesivamente. De este juego había una variante, que a mí particularmente me gustaba más, que era aquella de.... **“nombres de películas que empiezan por L, por W, por K, o por C”** lo que mandara “la madre”. Esta variante era más bonita, porque al mismo tiempo recordabas las películas que ya habías visto o que simplemente habían sido anunciadas para las próximas semanas. Era muy entretenido y nos pasábamos horas sentados en cualquier lugar del entorno de la Barbacana, formando un corro a la luz de la Luna o bajo algún poste de la luz que nos alumbrara.

El verano era largo y había tiempo para todo, al menos para los que habíamos aprobado todas las asignaturas del curso que acababa de finalizar, pero para otros era tiempo de estudiar y prepararse para **los exámenes de Septiembre** de las asignaturas que habían suspendido. Así algunos tenían que ir, casi todas las mañanas, a profesores particulares o quedarse en casa estudiando y haciendo ejercicios de física o química y problemas de matemáticas.

Los que por suerte no teníamos que estudiar en verano, nos dedicábamos a leer todos **los tebeos** que caían en nuestras manos. Los primeros tebeos que conocí, que no sé de donde vinieron, fueron unos de **“Chispita”**, otros de **“Aventuras del FBI”** y algunos de **“Hazañas Bélicas”**. Eran unos tebeos con muchas viñetas y tenían además mucho texto para leer, por lo que con un par de tebeos te pasabas toda la tarde entretenido.



A muchos chicos les gustaban este tipo de tebeos, pero empezaron a aparecer otros personajes como “Roberto Alcázar”. Él y su ayudante “Pedrín” se dedicaban a investigaciones policíacas muy interesantes y siempre terminaban con los delincuentes puestos a buen recaudo.

Pero el personaje de tebeo que a mí me fascinaba era “El Guerrero del Antifaz”, era mi favorito. El personaje era un líder cristiano de la Edad Media, que luchaba contra los moros. Llevaba un traje de malla en su cabeza y en sus brazos, y en su roja vestimenta una gran cruz negra que le cubría casi todo el pecho, un casco metálico, una capa corta sobre su espalda y un antifaz que le cubría los ojos completaban su atuendo. Tenía un joven escudero llamado Fernando, que acompañaba al guerrero en todas sus aventuras, que en cada capítulo eran distintas y acababan en lo más interesante, haciendo con ello que estuvieras deseoso de que llegara la siguiente semana y comprar el nuevo capítulo. La acción se desarrollaba en castillos medievales llenos de almenas y en palacios árabes repletos de lujo y belleza. Los moros estaban liderados por Ali-Kan un cruel y traicionero personaje, que hacía nuestras delicias cuando salía derrotado por “el Guerrero”, que era casi siempre, jurando tomar venganza en la siguiente ocasión. La prometida del Guerrero se llamaba Ana María, aunque había una bellísima mora llamada Zoraida, que también era del agrado del Guerrero, creo recordar. Los tebeos salían publicados los jueves de cada semana y como eran continuación unos de otros y siempre acababan en lo más interesante, teníamos que comprarlos todos para tener toda la colección y así tener la historia completa.



Años más tarde aparecieron “El Capitán Trueno” y “El Jabato”.

Tuvieron una gran aceptación entre los chavales, que los leíamos una y otra vez hasta que se les caían las tapas de tanto leerlos.



Otra afición muy común entre los chavales era **coleccionar cromos**. Había muchas colecciones y todas ellas tenían su álbum donde pegarlos, en el que venía un pequeño texto o simplemente el nombre del futbolista, del animal salvaje o de la bandera, si es que de ello trataba la colección. Recuerdo aún una colección basada en la película de “**las Minas del Rey Salomón**”, donde se mostraba en los cromos escenas de la



película en los que aparecían aquellos negros altísimos bailando al son de los tambores, o se veía a Gregory Peck y Debora Kerr por aquellos parajes de África, que tanta curiosidad despertaban en nosotros. Recuerdo también una colección de “Animales Salvajes” que tuvo mucha aceptación. Los chavales nos cambiábamos los cromos repetidos “los repes” y a veces pagábamos dos por uno si considerábamos que el cromo que queríamos era difícil de conseguir. En aquella colección el cromo más difícil, porque nadie lo tenía, era el tiburón y cuando al comprar nuevos sobres lo encontrabas al fin entre los otros que seguro tenías repetidos, corrías gritando la suerte que habías tenido.

Pero las que más nos gustaban eran **las colecciones de futbolistas**. Todos los años sacaban una colección diferente, y aunque los jugadores casi eran los mismos, sacaban las fotos más grandes o más pequeñas, para así hacerlas diferentes a nuestros ojos. Por aquel tiempo los futbolistas que aparecían en los cromos, con la posibilidad de mezclar años distintos eran : por el Real Madrid: Alonso , Marquitos, Santamaría, Lesmes, Muñoz, Zárraga, Joseito, Olsen, Di s'tefano, Molowny y Gento ; por el Barcelona : Ramallets, Martín, Biosca, Seguer, Segarra, Gensana, Basora, Kubala, César, Moreno y Manchón; por el Atlético de Madrid : Pazos, Rivilla, Grifa, Calleja, Chuzo, Glaría, Miguel, Karlson, Lozano, Peiró Y Collar.

También recuerdo por el Atlético de Bilbao a: Carmelo, Orúe, Garay, Canito, Mauri, Maguregui, Arteche, Uriarte, Arieta, Uribe y Gainza y muchos otros como Puchades en el Valencia, Eizaguirre en la Real Sociedad, Paquito en el Oviedo, o Campanal en el Sevilla.

Coleccionábamos los cromos con pasión, rellenando los álbumes que tantas veces repasábamos disfrutando con la imaginación de las hazañas deportivas de nuestros héroes. Nos pasábamos todo el día **cambiando cromos** para conseguir acabar la colección, ya que era más barato cambiar los repetidos con otro chico que comprar nuevos sobres e ir un poco a la aventura. Cuando creíamos haber hecho un buen cambio y no queríamos que se volviera atrás quien nos cambiaba los cromos, decíamos aquello de **“trato hecho nunca deshecho”** lo que completaba el cambio.

Un juego que tuvo mucha aceptación durante algunos años, pero que después desapareció totalmente y nunca más lo volvimos a ver, fue el de **“los carritos”**. Una plataforma hecha de madera lo suficientemente ancha como para poderse subir en ella, que se instalaba sobre tres ruedas de rodamientos, dos traseras en un eje fijo y una delantera montada bajo un manillar también de madera, que se movía a izquierda y a derecha, para dirigir el carrito en la dirección adecuada.



Cuando se deslizaba por las aceras producía un ruido especial procedente del giro de los rodamientos. Los chavales que tenían estos carritos eran aquellos cuyos padres trabajaban en alguna fábrica o en uno de los talleres de los muchos que había en el pueblo. Así recuerdo el carrito de Julián del Álamo, el de Ramón Montejano, el de Heriberto Carrasco, el de Esteban Ribero y no sé si había alguno más. Los que no disponíamos de carrito, a cambio de empujar a los que sí lo tenían, conseguíamos que nos dejaran montar en ellos y dar alguna vuelta. La mejor acera para deslizarse por ella era la del segundo pabellón, ya que era lisita y además estaba un poco inclinada, propiciando un deslizamiento más rápido y más cómodo para los que solíamos empujar. Imagino a los vecinos de aquel pabellón lo que aguantaron con nuestros juegos, porque a buen seguro no les dejamos disfrutar de sus ratos de descanso.

Casi a finales de verano, allá por el mes de Agosto, nos acercábamos a **las eras** que había en el barrio de San Isidro, donde las cosechadoras al separar el trigo o la cebada de la paja, formaban unas grandes montañas de paja de más de cinco metros de altura, que se dejaban en las eras durante semanas. Cuando los labradores dejaban su trabajo al atardecer para no volver allí hasta el día siguiente, nosotros desde la cima de la montaña nos lanzábamos una y otra vez como si fuera el trampolín de una piscina, hundiéndonos en la paja hasta la cabeza.



Un juego muy bonito, que seguro tenéis olvidado, era el juego de **“la pala”**, que se jugaba con una pala de madera, que nosotros mismos hacíamos, y con **“la toña”** que era un palo de diez o doce centímetros de longitud y un par de centímetros de anchura con los extremos en punta que rebajábamos con una navaja. Consistía en golpear la toña en uno de sus extremos, desde un círculo grande marcado en la tierra, haciéndola saltar por los aires y cuando estaba en el aire darla un palazo y mandarla lo más lejos posible; el jugador contrario tenía que devolverla al círculo de salida de un único lanzamiento, y en caso de conseguirlo, ocupaba el lugar del jugador que acababa de lanzar. Los que jugaron a este juego lo recordarán con agrado, ya que era un juego muy divertido en el que se combinaban la habilidad, la potencia y la precisión.



Muchos días cuando el calor apretaba, ya fuera por la mañana o por la tarde, algunos amigos sacábamos **los tiradores** y dábamos una vuelta por las acacias del Paseo de las Monjas, para cazar los novatillos que piaban temblorosos entre las ramas de los árboles.

Los que más íbamos a cazar de la pandilla éramos Esteban Ribero y yo, teníamos mucho tino y pocos gorriones escapaban a nuestros tiradores. Recorriamos todos los lugares del barrio donde había árboles, íbamos al Paseo de las Monjas, a la Estación, al Muelle, e incluso nuestras cacerías nos llevaban hasta la Carretera de Villaverde o la de Leganés persiguiendo a los pajarillos, sin darnos cuenta llegábamos hasta las primeras casas de estos pueblos.



Los tiradores que usábamos eran artesanales a más no poder, las arquillas se hacían con una rama de árbol con la forma apropiada (Y griega) o se hacían de hierro a la que solíamos forrar con bramante, unas gomas de rueda de camión no demasiado largas y una zapateta de cuero donde se alojaba la piedra que íbamos a lanzar.

Llevábamos los bolsillos del pantalón llenos de chinás, que solíamos buscar en los montones que había en los alrededores de la Estación. El mejor cazador de pájaros que había en el barrio era, sin lugar a dudas, Fernando un chaval que vivía en el Paseo de las Monjas casi esquina a la calle Felipe Estévez, que salía a primera hora de la mañana y acababa con todos los pajarillos que se le ponían a tiro. Otro buen tirador era Ángel, que vivía en la calle Griñón y con el que compartí alguna cacería. También él arrasaba los sitios donde había más gorriones.

Cuando los demás íbamos allí horas más tarde a ver qué cazábamos, viendo que no había novatillos en los árboles decíamos **“vámonos, que por aquí ya han pasado Fernando y Ángel”**, a los que apodábamos **“los matapájaros”**.

Hace algunos años recordaba con Esteban Ribero, **una anécdota muy bonita** que tuvo con un gorrioncillo que cogió vivo, de aquellos que al echar a volar por primera vez tras unos primeros vuelos vacilantes, se quedaban en el suelo sin saber muy bien qué hacer, mientras la madre revoloteando a su alrededor intentaba que el novatillo echara a volar de nuevo. Lo cogió y lo crio dándole él mismo de comer miga de pan mojada en leche. Lo tenía en casa en completa libertad, hasta que un día voló a la calle por una ventana, que alguien de la casa dejó abierta descuidadamente. Lo anduvo buscando por el barrio sin éxito hasta que, pasadas unas horas, vio un grupo de pajarillos tras las vallas de la fábrica de Vidaurreta cerca de la Estación. Cuando se acercó a la valla, todos los pajarillos echaron a volar excepto uno que permaneció en el suelo, entonces Esteban le llamó con aquel ruidito característico que se hacía con la boca para hacer piar a los pajarillos y **el gorrión increíblemente echó a volar y se posó en su hombro** como solía hacer en su casa, ¡No creéis que esto es maravilloso! Esteban era especial en muchas cosas y esta anécdota que cuento de él nos dice cuál era su categoría humana.

Con el tirador tirábamos a cualquier cosa que pudiera servir como diana. Había muy buenos tiradores como Antonio Heras, Julianín, Antonio Sánchez o Heriberto Carrasco con los que competía para ver quien tenía más tino. También a veces solíamos ir a buscar nidos de gorriones, de vencejos, de cernícalos o de pájaros trigueros. Estos últimos anidaban en los trigales y eran muy difíciles de localizar porque sus nidos y ellos mismos se confundían con el terreno. Incluso teníamos localizado un nido de abubillas, en el hueco de una acacia en un lado de la vía en dirección a Madrid, que desprendía un olor repugnante y nauseabundo.

**Fue la Barbacana, ese descampado maravilloso situado en el Barrio de la Estación de Getafe**, flanqueado en su parte norte por la Fábrica de Harinas, en la parte sur por el Colegio de las Monjas Pastoras y el Parque del Colegio de los Escolapios, por el este con la calle General Pingarrón todavía en ciernes y por el oeste con la Estación Corta del ferrocarril, **donde los chiquillos de ese barrio disfrutamos de nuestros juegos infantiles y de juventud como ningún otro niño del pueblo, en aquellos años cincuenta y parte de los sesenta, lo haya podido hacer mejor.**

**La Estación del Ferrocarril, en sí misma, también fue un lugar maravilloso para los chicos del Barrio, en la que se desarrollaron nuestras correrías y travesuras. Anduvimos entre los trenes, jugamos al escondite y a luz camarera, buscamos chinas para los tiradores y cazamos gorriones en sus aledaños.**

**Hubo otros sitios en los alrededores del Pueblo en los que también gozamos de la niñez y la juventud con aquellas aventuras y con emocionantes episodios, que hicieron más felices nuestras incipientes vidas.**

**Fueron días felices que permanecen en el recuerdo y que de cuando en cuando, como en esta ocasión, evoco con nostalgia.**

**Dedicado a todos los chicos del Barrio de la Estación de Getafe.**

Escrito en el verano de un año cualquiera

Revisado en Noviembre de 2015